

nés en Roma. Solamente con mirar á éste á la cara se sintió en peligro. Cuando un hombre ha sido el amante de una mujer como aquel hombre lo había sido de ella, con una comunión de voluptuosidad renovada sin cesar durante dos años, esta mujer guarda á su vista una especie de instinto fisiológico y casi animal. Un gesto de él, el acento de una palabra, un suspiro, el rubor ó la palidez, son signos que ella traduce instintivamente con infalible certeza. ¿Cómo y por qué el olvido absoluto de las antiguas caricias acompaña á este instinto de adivinación? ¿Es un caso particular de este insoluble y melancólico problema del nacimiento y de la muerte del amor? La señora Steno no gustaba de reflexiones de este género. Lo mismo que la víspera, se daba cuenta de que la presencia de su antiguo amante no hería ya en su ser aquella cuerda íntima que la había hecho tan débil para él durante veinticinco meses, tan diligente para sus menores caprichos. Quedó tan fría como el mármol del bajorrelieve de Mino da Fiesole, encajado en el muro, más alto que el sillón en el respaldo del que él se apoyaba. Y él mismo, á pesar de la crisis de lúcido furor que subsistía en su alma en aquel momento, y que le hacía capaz de las mayores violencias, tuvo por su parte la intuición de aquella completa insensibilidad en que su presencia la dejaba. ¡La había visto tan á menudo en el curso de sus relaciones llegar á las citas de la mañana, hacia aquella hora, con parecidos tocados, tan fresca, tan vaporosa, tan joven en la madurez de su edad, tan ansiosa de besos, tan temblorosa de deseo! Ahora tenía en sus ojos azules, en su sonrisa, en toda su persona, ese yo no sé qué de gracioso y de inaccesible á la vez, que produce

en un amante abandonado el frenesí brutal de golpear, de matar á la mujer que le sonreía de tal modo; y al mismo tiempo estaba tan bella á la luz del día, tamizada por las cortinas, que le inspiraba sin igual deseo de oprimirla entre sus brazos, quisiera ella ó no. Había Boleslas reconocido, desde que la Condesa entró, el violento perfume de una composición de ámbar de la que se servía para su baño, y esto acabó de exasperar su pasión, tanto más, cuanto que, habiéndole dicho el criado que la señora Steno tenía visita, se preguntó si no sería Maitland. Estos sentimientos apasionados, pero contenidos, palpitaban en el tono de la sencilla frase con que la acogió. En ciertos momentos, las palabras no significan nada, y mucho el tono con que se pronuncian. Y para la condesa el del joven era terrible.

—¿La molesto á usted?—dijo inclinándose y sin oprimir más que la punta de los dedos de la mano, que ella le tendió al entrar.—Dispéñeme usted: la creía sola. Y si quiere usted fijar otro momento para la entrevista que me tomo la libertad de pedirla.....

—No—respondió ella, sin dejarle acabar la frase.—Estaba con Pepino Ardea, que me esperará. Por lo demás, me conoce usted bien: siempre estoy presta. Cuando hay algo que decir, se debe decir en seguida. Así es mejor. No hay nada cómo la espera y el silencio para hacer difíciles las más fáciles explicaciones y para malquistar á los mejores amigos.

—Mucho me alegro de encontrar á usted en semejante disposición—respondió Boleslas con una ironía que crispó su rostro y sonriendo con odio feroz. El buen humor que ella acababa de demostrar le hería en el co-

razón, y continuó, ya menos dueño de sí:—En efecto; una explicación es lo que yo he creído tener el derecho de reclamar de usted, y que vergo á reclamar.

—Reclame usted, pues, querido —dijo la Condesa mirándole frente á frente y sin bajar sus ojos altivos, que el tono imperativo del Conde había animado.

Si había estado admirable la víspera afrontando, como lo hizo, el regreso de su antiguo amante al salir de su entrevista con el nuevo, tal vez lo estaba más en aquel momento, en el que no tenía el auxilio de sus contertulios. No estaba segura de que el furioso á quien hacía frente no llevase algún arma, y créale capaz de matarla, sin que pudiese defenderse. Mas esta partida había de jugarse más pronto ó más tarde, y la jugaba sin temblar. No había mentido al decir, hacía un momento, á Pepino Ardea: No conozco más que una cosa, ver el objeto y marchar á él sin vacilaciones. Deseaba un rompimiento definitivo con Boleslas. ¿Por qué dudar sobre el medio de conseguirle? Había él callado buscando sus palabras. Al fin dijo:

—¿Me permite usted que me remonte á unos tres meses atrás, aunque esto sea mucho tiempo para la memoria de una mujer? No sé si recuerda usted nuestra última entrevista. Es decir, la penúltima, puesto que ayer por la noche nos hemos visto. ¿Conviene usted en que la manera como nos separamos entonces no parecía anunciar la manera como nos hemos encontrado?

—Convengo en ello—respondió la Condesa con una nueva llamarada de orgullo herido en los ojos,—aunque no sea muy agradable el modo que tiene usted de expresarse. Es la segunda vez que me habla usted co-

mo un acusador, y si toma usted esa actitud, será inútil continuar.

—¡Catalina!

Aquel grito del joven, en el que la cólera aumentaba, acabó de decidir á la que así interpelaba, á buscar el desenlace de una conversación en la que cada réplica debía ser un nuevo estallido de odio.

—¿Y bien?—preguntó ella, cruzando los brazos con un ademán tan imperioso que el otro detuvo su amenaza.—Escúcheme usted, Boleslas. Hace diez minutos que hablamos para no decirnos nada, porque ni el uno ni el otro tenemos el valor suficiente para tratar la cuestión tal como la sabemos y la sentimos. En vez de escribirme, como usted ha hecho, cartas á las que era imposible responder; en vez de venir á Roma como un malhechor, ocultándose; en vez de ir á mi casa ayer noche con ese rostro amenazador; en vez de llegar esta mañana con la solemnidad de un juez, ¿por qué no me ha preguntado usted sencilla y francamente como el que sabe lo mucho que le he querido? ¿Haber sido amantes es una razón para aborrecerse cuando se cesa de serlo?

—¡Cuándo se cesa de serlo!—respondió Gorka.—¿De modo que ya no me ama usted? ¡Ah! Lo sabía. Lo había adivinado desde la primera semana de esta fatal ausencia. Pero nunca pude creer que usted me lo diría un día, como me lo dice, con esa voz tranquila, que es una horrible blasfemia para nuestro pasado. No lo creo ahora oyéndolo..... ¡Esto es demasiado infame!

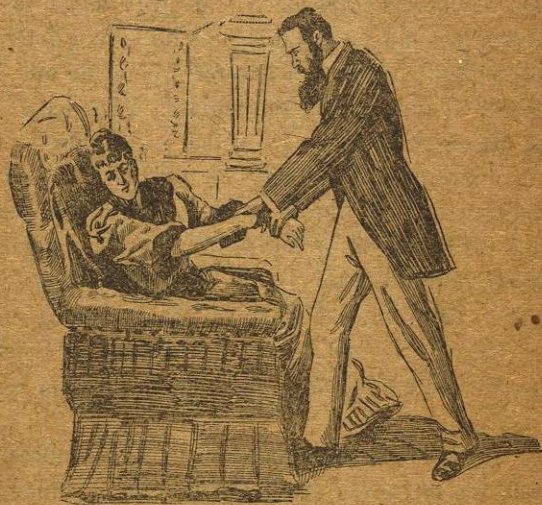
—¿Y por qué—interrumpió la Condesa, irguiendo la cabeza con mayor altivez aún.—¡No hay nada más infame en el amor que la mentira! ¡Ah! Yo lo sé; los

hombres no están habituados á encontrar mujeres verdaderas, que tengan el respeto, la religión de su sentimiento. Pero yo tengo ese respeto, yo practico esa religión. Le repito á usted que le he amado mucho, Boleslas. No se lo he ocultado á usted en otro tiempo. He sido leal con usted como la verdad misma. Tengo la conciencia de serlo, ofreciéndole, como hago, una amistad sólida, una amistad de hombre á hombre, que no desea más que probar su sinceridad.

—¡Yo amistad con usted.....yo.....yo.....!—exclamó Boleslas.—¡Bastante paciencia he tenido para escucharla! ¿Por qué no me pide usted también la amistad para el que me ha substituído? ¡Ah! ¿Me toma usted por un ciego, é imagina usted que no he visto ayer á ese Maitland junto á usted, y que no he comprendido á la primera mirada el papel que representaba en la intimidad de usted? ¿No ha comprendido usted, pues, que debía haber una razón poderosa para volver como he vuelto? ¿No sabe usted que no se juega con quien la ama como yo? Usted no ha sido leal conmigo, puesto que ha empezado sus relaciones con ese hombre cuando aún las tenía usted conmigo. ¡Usted no tenía ese derecho! ¡No! ¡Y qué hombre! Si fuese Ardea, Dorsenne, cualquier otro que no me hiciese enrojecer por usted.....¡Pero ese bruto sin belleza, ni nacimiento, ni elegancia, ni talento, porque no lo tiene tampoco! ¡No tiene nada más que su facha de toro! Es lo mismo que si me hubiera usted engañado con un lacayo.....No.... Esto es demasiado vergonzoso. ¡Ah! Catalina, júreme usted que no es verdad..... Dime que no me amas ya; yo me someteré, me iré, lo aceptaré todo, con tal que me jures que no amas á ese hombre..... Júramelo, jú-

ramelo—añadió, cogiéndole una mano tan violentamente que la Condesa lanzó un débil grito y se apartó diciendo:

—Déjeme usted. Me hace usted daño. Está usted loco, Gorka, y ésta es su única disculpa.....No tengo nada que jurarle á usted. Lo que siento, lo que pienso no le interesa después de lo dicho. Crea usted lo que quiera. Pero—y la irritación de la mujer amorosa herida



en el hombre que adora, la agitaba—no volverá usted á hablarme de uno de mis amigos como se ha permitido hacerlo. Me ha faltado usted gravemente, y no se lo perdonaré. En lugar de la amistad que le ofrecía tan honradamente, no tendremos más relaciones que las que el mundo impone.....Usted lo ha querido. Procu-

re usted no hacerlas imposibles. Sea usted correcto, en la forma al menos. Recuerde que tiene una esposa, que yo tengo una hija, y que no debemos hacer que de rechazo las hiera el golpe de esta triste ruptura. ¡Dios es testigo que hubiera querido que fuera de otro modo!

—¡Mi mujer! ¡Su hija de usted!—dijo el joven con amargura.—El momento, en efecto, es para acordarse de ellas y ponerlas entre usted y mi justa venganza. En otra época esas dos pobres criaturas no la han detenido á usted, cuando comenzó á hacerse querer de mí. Entonces era cómodo que fuesen amigas. Y yo acepté esa bajeza, para que ahora venga usted á defenderse tras esas dos inocentes. No. Tampoco esto será. Usted no me abandonará así. Puesto que es lo único con que yo puedo herirla á usted, la heriré. Y, ó pone usted en la calle á ese hombre, ó no respeto nada. ¿Mi mujer lo sabrá todo? ¡Tanto mejor! Hace ya tiempo que la mentira me ahoga. ¿Su hija de usted lo sabrá todo? Así la juzgará á usted más pronto, como debía juzgarla algún día.....

Mientras hablaba se había acercado á la Condesa con un gesto tan terrible, que ella retrocedió. Algunos instantes más, y aquel hombre realizaría su amenaza. La golpearía, rompería los objetos, provocaría un escándalo horrible. La Condesa tuvo la presencia de espíritu de una audacia aún más animosa. Un botón de un timbre eléctrico se hallaba al alcance de su mano. Le opri-
mió, mientras Gorka decía con sonrisa despreciativa:

—No le restaba á usted más que la afrenta de llamar á sus criados para defenderse.

—Se engaña usted—respondió ella.—No tengo mie-

do. Le repito á usted que está loco, y sólo quiero probarsele llamándole á usted á la realidad de su situación.

—Suplique usted á la señorita Alba que baje—dijo al criado que se presentó.

Esta frase fué la gota de agua fría que cae de repente sobre un chorro furioso de vapor. La Condesa había encontrado el único medio de interrumpir aquella terrible escena, pues á pesar de la amenaza de hacía un momento, ella sabía que el marido de Maud retrocedería siempre ante la joven, amiga de su mujer, y cuya delicadeza y sensibilidad conocía él tan bien. Gorka era capaz de los más peligrosos y crueles arranques en un acceso de pasión exasperada por la vanidad; pero había en él un elemento caballeresco que debía paralizar todo su frenesí ante Alba. La señora Steno no pensó en la inmoralidad de aquel sistema de defensa, que mezclaba á su hija en su ruptura con un amante vengador. Decía á menudo:—Es mi camarada, mi amiga.—Auxiliarse de ella en aquel momento de crisis, le pareció cosa tan natural como ofrecerle el apoyo de sus hombros, cuando nadaban ambas en el verano en el Lido, apartándose un poco lejos en alta mar. En la tempestad de indignación que agitaba á Gorka, aquel súbito llamamiento á la inocente Alba debía parecerle, y le pareció, el último grado del cinismo. Durante el corto espacio de tiempo que medió entre la salida del criado y la llegada de la joven, no pronunció más que estas palabras, paseándose por la habitación, mientras su antigua querida le desafiaba con su atrevida mirada:

—¡La desprecio á usted! ¡la desprecio! ¡Ah!..... ¡Cómo la desprecio!

Después, cuando oyó el ruido de la puerta, añadió:
—Señora..... ya continuaremos nuestra conversación.

—Cuando usted quiera—respondió la señora Steno. Y dirigiéndose á su hija, que entraba, le dijo:

—Ya sabes que el coche nos espera á las once menos diez, y ya son menos cuarto. ¿Estás dispuesta?

—Ya lo ves—dijo la joven mostrando sus manos cubiertas de guantes gris perla, con cadenetas negras, y que se acababa de abrochar, y el ancho sombrero de tul negro, que formaba como una aureola oscura y transparente á sus cabellos rubios. Cubría su delgado talle un corpiño muy ajustado que Maitland había escogido para su retrato, especie de coraza de tela azul oscuro, que acababa en un cuello y puños de terciopelo de un matiz más sombrío. La línea blanca de su cuellecito y puños de hombre, acababa de dar á aquella delgada silueta una gracia de adolescente. Había, sin duda, bajado al recibir la invitación de su madre, con el apresuramiento y la sonrisa de esta edad. Después, al ver la expresión de Gorka y el resplandor febril de los ojos de su madre, sintió lo que ella llamaba la sensación de un pinchazo en el corazón. Había dormido profundamente después de aquella velada en la que creyó encontrar, en la actitud de su madre entre el Conde polonés y el pintor americano, una prueba certísima de su inocencia. ¡Admiraba tanto á su madre, la encontraba tan inteligente, tan buena, tan bella, que dudar de ella era un suplicio que no podía soportar! Hacía algunos meses que sospechaba. Una conversación vergonzosa sobre la Condesa, sorprendida en un baile, entre dos mujeres que ignoraban que Alba estaba detrás de ellas,

había sido el principio de aquella duda, que había aumentado y disminuído, que la había abandonado ó martirizado, siguiendo señales tan poco decisivas como la tranquilidad de la señora Steno la víspera ó su agitación aquella mañana. Fué una impresión rápida, instantánea, verdaderamente, como el paso de una aguja que no deja más que una gota de sangre, y todavía tuvo su sonrisa de siempre cuando entró para preguntar á Boleslas:—¿Ha descansado Maud? ¿Cómo está? ¿Y mi amiguito Luc?

—Muy bien—respondió Gorka.—El último estremecimiento de su cólera, detenida de repente por la presencia de la joven, se manifestó, pero sólo para la Condesa, en la siguiente frase, muy sencilla no obstante, á la que su voz y su mirada dieron una extrema amargura:—Les he encontrado como les dejé. ¡Ah! ¡Me quieren mucho! La dejo á usted con Pepino, Condesa—añadió, dirigiéndose á la puerta.—Ya le diré á Maud el interés de usted hacia ella, señorita—dijo á Alba.

Había encontrado para salir toda la gentileza que una larga ascendencia de señores, salvajes, pero grandes señores al fin, había puesto en él. Saludó correctamente á la señora Steno, y puso una gracia especial en la inclinación con que se despidió de la Condesita. La Condesa era demasiado astuta para no apreciar aquello, y se sintió emocionada, ella, á la que los terrores y las amenazas habían encontrado tan impasible. En aquel cambio que Boleslas había ejecutado sin la menor apariencia de contrariedad, ¿no estaba toda la flexibilidad de aquella naturaleza eslava que por tan largo tiempo la había encantado? Durante un momento quedó vagamente humillada del éxito que sobre aquel hombre aca-

baba de conseguir, y al que cinco minutos antes hubiera hecho arrojar de su casa con gusto. Callóse, olvidada hasta de la presencia de su hija, cuando ésta la trajo á la sensación de la realidad, diciéndola:

—¿Entonces subo á tomar mi velo y mi sombrilla?

—Y te reúnes conmigo en el despacho, donde voy á terminar mi conversaci3n con Ardea—respondió la madre.—Quizá en el coche te dé una noticia que te alegrará—añadió.

Había recobrado su arrogante sonrisa, y no sospechaba que mientras ella reanudaba su conversaci3n con Pepino, la pobre Alba, tan pronto como entró en su cuarto, después de enjugar dos gruesas lágrimas que rodaban por sus mejillas, había tomado, para volverla á leer, la infame carta anónima recibida la víspera. Tenía, no obstante, grabadas en el corazón todas las pérdidas frases. ¡Preciso era que el espíritu del que las había compuesto estuviese lleno de venganza, para no sentir temor de remitir á aquella inocente niña una denuncia concebida en los siguientes términos: «Un amigo verdadero de la señorita S..... la previene que se compromete más de lo que conviene á una joven soltera desempeñando con el señor Maitland el papel que ya ha desempeñado con el señor Gorka. ¿Hay ceguedades tan voluntarias que llegan á ser complicidades?» Estas palabras, enigmáticas para otra persona, pero de una horrible claridad para la Condesita, habían sido, como las de que Boleslas habló á Dorsenne, cortadas de un periódico y unidas y pegadas sobre una hoja de papel, sin detalle que permitiese intentar requisa alguna. El refinamiento de un odio encarnizado se reconocía en la dificultad que el Judas había tenido que ven-

cer para encontrar los nombres propios impresos, sin duda, en la crónica de alguna fiesta. ¡Dios! ¡Cómo había temblado Alba la víspera por la mañana al leer aquella carta! ¡Qué emoción, redoblada por el horror



de sentir sobre ella y su madre un odio de semejante crueldad! ¡Qué bien le habían hecho las palabras cambiadas con Dorsenne y, sobre todo, la serenidad de la Condesa al entrar Boleslas Gorka! Frágil paz que había huído sólo con ver á su madre y al marido de su